

África Subsahariana: entre la deriva autoritaria y los nuevos procesos de democratización

Óscar Mateos

Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Ramón Llull



Introducción

La realidad política y social de África en los últimos años ha llevado a numerosos autores a insistir en la idea de que “África camina en muchas y diversas direcciones” (Cheeseman 2018; Cilliers 2016). Si los años noventa supusieron el rápido despegue democrático del continente (entre 1989 y 1994 la práctica totalidad de países africanos pasaron de ser “sistemas de partido único” a sistemas multipartidistas), los últimos años dejan la sensación de que la región presenta diversas y muy divergentes tendencias a nivel político. Por un lado, la existencia de un grupo reducido de países que han logrado, en mayor o menor medida, consolidar y mejorar los principales indicadores que miden el estado de las democracias. En frente, otra serie de contextos africanos caracterizados por un notable deterioro democrático. Y en medio, multitud de países en los que los avances y retrocesos democráticos y políticos se han dado en igual manera, por lo que dibujar un continente con dos polos opuestos y homogéneos no sería del todo exacto.

*África
Subsahariana
estaría
experimentando
una importante
deriva
autoritaria,
transitada por un
buen número de
países africanos
que estarían
regresando
nuevamente a un
escenario de
partido único*

No obstante, lo que las diversas fuentes que vienen analizando todos estos procesos parecen convenir es que, a pesar de los múltiples matices que pueden ofrecerse, el continente africano en su conjunto, sí parece atravesar un retroceso generalizado en cuanto a estándares políticos y democráticos se refiere (Bratton y Gyimah-Boadi 2015; Dulani 2015; Mattes y Bratton 2016). África Subsahariana estaría experimentando así una importante deriva autoritaria, transitada por un buen número de países africanos que estarían nuevamente regresando a un escenario de partido único, esta vez bajo la fachada de una democracia formal y de aparente funcionamiento del multipartidismo. Muchos de estos procesos de retroceso democrático se estarían produciendo mediante tres dinámicas diferentes. La primera y más habitual es la creciente instrumentalización de las instituciones públicas y de las herramientas democráticas por parte de numerosos líderes africanos. El intento de eliminar las limitaciones al número de mandatos a manos de algunos dirigentes (en lo que se ha denominado como “golpes constitucionales”) está siendo, sin duda, uno de los aspectos que más está contribuyendo a dicho retroceso y que, a su vez, más tensiones y confrontación social está generando en numerosos lugares de la región. Una segunda dinámica es la forma en que en algunos casos los principales partidos políticos conciben las elecciones, al plantearlas como un juego de suma cero por el acceso a las instituciones (“*winner takes all*”) y en el que la movilización de las identidades comunitarias o etnopolíticas adquiere una relevancia considerable y también de generación de importantes tensiones. Finalmente, en un contexto de securitización global en el que el continente se ha convertido en un espacio estratégico clave para los actores internacionales (Abrahamsen 2017), algunos líderes políticos de la región también han visto en esta tendencia la oportunidad de legitimar y robustecer su deriva autoritaria (Fisher y Anderson 2015).

A pesar de todo, y siguiendo a Lise Rakner (2019), este *momentum* de regresión democrática en África no debe considerarse en ningún caso como una particularidad del continente, sino como algo que, precisamente, entronca con una tendencia global de grave deterioro de las democracias liberales y de creciente ascenso del autoritarismo, en lo que Yascha Mounk y Roberto Stefan Foa (2018) han dado en llamar “el final del siglo democrático”. Existen también algunos puntos de convergencia en las diferentes realidades africanas respecto al impacto que los nuevos populismos están teniendo en la calidad democrática de muchos lugares del mundo: la aparición de algunos movimientos orientados a movilizar las frustraciones sociales y políticas (el caso del Economic Freedom Fighters en Sudáfrica es un caso relevante), o bien el creciente uso de las *fake news* y la desinformación en las campañas electorales en diversos contextos africanos, son dos buenos ejemplos.

En contraposición a la deriva autoritaria de algunos dirigentes africanos, existe un segundo elemento que caracteriza claramente el paisaje político y social africano. Ante el intento de muchos dirigentes de modificar sus respectivas Constituciones, pero también como reacción a las condiciones de vida que enfrentan buena parte de las sociedades africanas, miles de personas se han echado a las calles de diversos países en diferentes momentos de los últimos años, dando lugar a una verdadera “Primavera africana” que ha sido preocupantemente invisibilizada en los medios de comunicación (Mateos 2017). Al igual que está teniendo lugar a nivel global, muchas de estas protestas ponen de relieve la existencia de una importante “crisis de representatividad” y, en el fondo, suponen la impugnación de los actores políticos que han gobernado en las últimas décadas. Como señalaremos más adelante, esta ola de contestación popular también podría estar generando una nueva cultura política y democrática, donde el entorno digital se ha convertido en una pieza clave, y en el que los jóvenes, especialmente en contextos urbanos, están liderando los diferentes procesos de cambio sociopolítico (Branch y Mampilly 2015; Mueller 2018).

El presente artículo tiene como objetivo analizar la naturaleza y perspectivas de estas diferentes dinámicas, considerando tanto la deriva autoritaria como la ola de protestas africanas como dos procesos simultáneos que están contribuyendo de forma muy diferente a los procesos de democratización africanos. Para ello, el artículo se divide en cinco apartados. El primero presenta una breve contextualización histórica de los procesos de democratización en el contexto poscolonial africano, hasta llegar a la llamada “tercera ola de democratización” en África, a principios de los noventa. La segunda parte analiza las diversas dinámicas políticas en el continente, haciendo especial hincapié en las características de la actual deriva autoritaria, y en los diferentes motivos que la explican. Un tercer apartado aborda el papel de los actores internacionales en la deriva autoritaria en un contexto de securitización, mientras que la cuarta parte analiza los rasgos y significados de la actual ola de protestas y su posible contribución a los procesos de democratización africanos. Finalmente, se presentan, a modo de conclusión, algunos de los principales desafíos democráticos de la región para los próximos años.

De los sistemas de partido único a la “Tercera ola” de democratización: breve contextualización histórica

África Subsahariana ha experimentado diversos procesos políticos desde que los diferentes países lograran paulatinamente sus independencias a partir de finales de los años cincuenta. El primer período poscolonial significó un momento de enorme esperanza política y socioeconómica para

un continente que había sufrido siglos de sometimiento a manos, sobre todo, de los países europeos (Cheeseman 2015; Poku y Mdee 2011). La mayoría de procesos de independencia conllevaron elecciones democráticas, en un contexto donde muchos países registraron también un importante crecimiento económico. No obstante, tras esta efímera primera etapa de euforia política y económica, el continente desembocó rápidamente en la consolidación de regímenes caracterizados por la corrupción generalizada y por una creciente represión política. Con la excepción de Botsuana, Gambia, Mauricio, y en menor medida, Senegal, a finales de la década de los setenta, el resto de países africanos se habían convertido ya en “sistemas de partido único”, esto es, en regímenes donde de forma progresiva los partidos políticos que gobernaban en los diferentes lugares de la región, fueron restringiendo el conjunto de las libertades, obstaculizando, o directamente, prohibiendo, el papel de los partidos opositores, y entre otros aspectos, centralizando el poder en el partido que gobernaba, y especialmente, en la figura de los diferentes líderes políticos.

Las estructuras políticas, sociales y culturales que el colonialismo fomentó durante décadas tuvieron un impacto directo en los procesos de centralización del poder o en la falta de cultura democrática

Dichos regímenes, sin embargo, no llegaron a experimentar el nivel de represión política que simultáneamente sufrían multitud de contextos en diversas partes del mundo (como por ejemplo, en Latinoamérica), siendo incluso en algunos casos sistemas relativamente abiertos (Cheeseman 2015: 13). Si bien países como Kenia, Senegal o Zambia lograron cierta estabilidad dentro de un marco de restricciones políticas, otros regímenes experimentaron un nivel de autoritarismo mucho mayor (República Democrática del Congo), que en algunos casos acabó derivando en golpes militares (Uganda o Nigeria) e incluso en guerras civiles (Sierra Leona, Liberia o Somalia). Los factores que explican esta deriva autoritaria en el contexto poscolonial fueron de índole tanto interna como externa, si bien para numerosos autores es evidente que las estructuras políticas, sociales y culturales que el colonialismo había fomentado durante diversas décadas tuvieron un impacto directo en los procesos de centralización del poder o en la falta de cultura democrática (Freund 2016; Gordon y Gordon 2013; Poku y Mdee 2011). De este modo, el proyecto de construcción del Estado-nación africano en el momento de las independencias, concebido en la mayoría de casos por unos líderes nacionalistas africanos formados en las capitales de las principales metrópolis, fue poco a poco desdibujándose, ante las diferentes dificultades políticas y económicas locales, y ante la deriva que la mayoría de dirigentes africanos poscoloniales emprendieron desde entonces. A este hecho cabe sumar otros factores de carácter internacional que acabaron agudizando estos procesos, y muy especialmente, el impacto que el contexto de Guerra Fría, en el que el continente africano se erigió como un espacio estratégico clave para Washington y Moscú, tendría en el fortalecimiento de la deriva autoritaria de muchos países (Schmidt 2013).

La década de los años ochenta, sin embargo, generó las condiciones para el inicio de un sustancial cambio político y social en el conjunto del continente. A nivel regional, el declive económico de la mayoría de contextos africanos, así como la creciente resistencia social a las restricciones políticas, fue generando un clima de contestación popular en el que las protestas, rebeliones y enfrentamientos sociales se intensificaron. El impacto social de los Planes de Ajuste Estructural (PAE) impulsados por los organismos financieros internacionales llevaron a empequeñecer todavía más unas estructuras estatales que apenas ofrecían servicios a una población empobrecida por el peso de la deuda externa. Los PAE también vinieron acompañados por crecientes condicionalidades políticas, en las que se exigía a los líderes nacionales un mayor aperturismo y determinadas reformas políticas. El final de la contienda bipolar o el paulatino debilitamiento del régimen del *apartheid* en Sudáfrica también contribuyeron fehacientemente a nuevas coordenadas que posibilitaron un nuevo escenario de apertura política de forma generalizada.

Así fue como en pocos años, la mayoría de países africanos abandonaron el sistema de partido único impulsando nuevas reformas políticas y constitucionales que potenciaban la celebración de elecciones multipartidistas. En 1991, Benín y Zambia se convertían en las primeras dictaduras que celebraban comicios democráticos tras la caída del bloque soviético, caracterizándose en ambos casos por la victoria de los partidos opositores que hasta ese momento habían estado prohibidos o restringidos. Tras las primeras elecciones en la Sudáfrica post-apartheid en las que Nelson Mandela obtuvo la victoria para el African National Congress (ANC), Ghana, Kenia o Malawi también celebraron elecciones en las que se materializó un histórico relevo en el poder (Cheeseman y Smith 2019). A mediados de los noventa, todos los países africanos, con la excepción de Eritrea y de Suazilandia, habían celebrado ya elecciones competitivas, si bien en la mayoría de casos los comicios no cumplían con los criterios y estándares esperados.

En una de las mayores contribuciones al análisis de esta cuestión, *Democracy in Africa: Successes, Failures, and the Struggle for Political Reform*, Nic Cheeseman (2015) considera, sin embargo, que esta ola de democratización en África durante los noventa tuvo lugar “contra todo pronóstico”. Para dicho autor, la mayoría de países del continente que emprendieron este rumbo no cumplían con prácticamente ninguno de los requisitos que a tenor de los principales análisis politológicos sobre la cuestión consideran indispensables para que se produzca un proceso de consolidación democrática, tales como la existencia de una sociedad plural y cohesionada, una sustancial mejora en indicadores socioeconómicos o, entre otros aspectos, la existencia de instituciones políticas autónomas e independientes. Todas estas peculiaridades explicarían también algunos de los principales

déficits de las democracias africanas en la coyuntura actual. Y es que más que tratarse de un verdadero proceso de democratización, sostiene Cheeseman (2018), África Subsahariana experimentó desde los noventa un proceso de “electoralización” pero sin implicar verdaderos cambios sociopolíticos de fondo (Mateos 2018). Paradójicamente, a medida que los derechos políticos de los países africanos mejoraban, el respeto por las libertades civiles por parte de los principales dirigentes políticos (censura de los medios de comunicación, intimidación mediante las fuerzas de seguridad para fines políticos, ausencia de imparcialidad en las comisiones electorales, etc) seguía deteriorándose en numerosos lugares.

¿Consolidación de la democracia o nueva deriva autoritaria en África?

Los diferentes indicadores que analizan la calidad de las democracias a nivel global y, en particular, a nivel africano, consideran que en el continente pueden distinguirse diferentes tendencias respecto a la consolidación de la democracia. Esta divergencia de rumbos hace difícil establecer una conclusión rotunda sobre si la región en su conjunto ha logrado mejorar y consolidar los estándares democráticos en las últimas dos décadas, o bien si estamos ante un indiscutible retroceso en términos generales. A continuación, se analizan tres aspectos fundamentales para aproximarnos a esta cuestión: la constatación de que existen tendencias locales y regionales muy divergentes en cuanto al funcionamiento de la democracia en el continente; la consolidación de nuevos sistemas de partido único, pero esta vez bajo la fachada de regímenes democráticos y bajo el liderazgo de mandatarios que se han especializado en instrumentalizar las reglas de juego para aferrarse al cargo, y finalmente, el papel controvertido de las elecciones como momento exponencial de la lucha por el poder por parte de algunos mandatarios.

Los diferentes indicadores consideran que en el continente pueden distinguirse diferentes tendencias respecto a la consolidación de la democracia

¿Avance o retroceso?

El análisis de los principales indicadores de gobernanza ofrecidos por la mayoría de *think tanks* regionales e internacionales no deja lugar a dudas: un grupo reducido de países africanos ha logrado consolidar la democracia en el continente. Una mirada exigente nos llevaría a seleccionar un exclusivo G-7 africano en materia de gobernanza que incluye a Mauricio, Botsuana, Cabo Verde, Seychelles, Namibia, Sudáfrica y Ghana, mientras que una interpretación más laxa sobre dichos indicadores llevaría también a incorporar a este grupo, hasta convertirlo en un G-10, a Senegal, Santo Tomé y Príncipe, además del siempre controvertido caso de Ruanda, al que más tarde haremos referencia. Los

indicadores del Mo Ibrahim Foundation,¹ del Afrobarómetro,² del Freedom House³ o de la Unidad de Inteligencia de la revista *The Economist*,⁴ por citar las cuatro fuentes de mayor relevancia (dos pertenecientes a instituciones africanas y otras dos de instituciones occidentales), apuntan en la misma dirección: este grupo ha registrado en los últimos años una indiscutible mejora —obviamente con diferencias en función del país— en los ámbitos vinculados al establecimiento del imperio de ley, a la participación y la defensa de los derechos humanos o, entre otros aspectos, al desarrollo humano.

Del análisis de algunos de los casos se desprenden varios apuntes de interés. Sudáfrica, a pesar de seguir integrando el grupo de los países con mejor gobernanza, ha sido uno de los que mayor declive en este ámbito ha registrado en los últimos años. Botsuana, por su parte, debe considerarse uno de los contextos más estables y prósperos, siendo casi el único que ha celebrado elecciones multipartidistas de forma ininterrumpida desde su descolonización, y a la vez el único país que desde entonces ha tenido siempre al mismo partido político en el poder. Ghana es seguramente uno de los que ha experimentado una más rápida mejora en buena parte de los indicadores, hecho que le ha valido importantes elogios en numerosos foros internacionales. Obama, por ejemplo, utilizó este país como lugar desde donde hablar al resto de países africanos sobre la importancia de procurar una buena gobernanza. Mauricio con un millón de habitantes, Cabo Verde con medio millón, y Seychelles con apenas cien mil, son países insulares caracterizados por su notable estabilidad política y económica en las últimas décadas.

Más allá de este grupo de países, la mayoría de indicadores convergen en otras dos constataciones. Por un lado, existiría otra serie de contextos, antagónico a este primero, en el que los indicadores de gobernanza suelen ser extremadamente negativos. Somalia, Sudán del sur, República Centroafricana, Eritrea, Sudán, Chad, Guinea Ecuatorial o la República Democrática del Congo, son países en los que las poblaciones suelen hacer frente a la falta generalizada de libertades políticas, a violaciones masivas de derechos humanos, o a una persistente situación de vulnerabilidad socioeconómica. Una segunda constatación, en este sentido, sería que el conjunto de países que se encuentran en medio de estos dos polos de gobernanza, ha experimentado en los últimos años diferentes avances y retrocesos, si bien la mayoría de ellos estarían caracterizados en los últimos años por una importante deriva autoritaria de sus respectivos gobiernos.

¹ Véase Informe 2018 del Ibrahim Index of African Governance, en: <http://mo.ibrahim.foundation/iiag/2018-key-findings/>

² Véanse los diferentes informes sobre calidad de la democracia del Afrobarómetro, liderado por la Michigan State University, el Institute for Democracy en Sudáfrica, y Center for Democratic Development de Ghana (CDD-Ghana), en: <http://afrobarometer.org/>

³ Véase el informe de 2019 en: <https://freedomhouse.org/report/freedom-world/freedom-world-2019/map>

⁴ Véase Democracy Index 2018, en: https://www.eiu.com/public/topical_report.aspx?campaignid=democracy2018

Para Jon Temin y Daniel Summers (2018) del Freedom House, el análisis de la evolución de la gobernanza y de la democratización en el continente africano en los últimos años arroja una triple lectura. En primer lugar, la desigual evolución de la gobernanza en el continente tiene una clara plasmación subregional: mientras que África occidental y África del sur son las regiones que mejores índices de gobernanza han registrado, África del este y África central son las que concentran una mayor cantidad de países con peores indicadores, si bien se pueden detectar también excepciones en cada una de las subregiones (por ejemplo, Zimbabue, perteneciente a la región de África del sur, es uno de los países que mayor deterioro ha experimentado). En efecto, para Nic Cheeseman (2018: 4) el continente africano se encuentra dividido cuando se analiza la evolución de la calidad democrática y de la gobernanza, lo que indicaría que “África está profundamente polarizada en dos extremos políticos y económicos, existiendo escasa evidencia de que el continente podría converger en un terreno común en un futuro próximo”.

Mientras que África occidental y África del sur son las regiones que mejores índices de gobernanza han registrado, África del este y África central concentran los países con peores indicadores

Una segunda tendencia, según Temin y Summers (2018), es la existencia de una clara correlación entre crecimiento rápido de la población y deterioro democrático. Así, de los ocho países con mayor incremento demográfico en los últimos años, un total de seis son considerados por el Freedom House como “Países no libres” (Chad, Sudán del sur, República Democrática del Congo, Gabón, Angola y Guinea Ecuatorial) y los otros dos como “países parcialmente libres” (Uganda y Níger). Esto lleva a que el volumen de población de los países que son considerados como plenamente democráticos en el continente al final sólo representen a un 11 por ciento de la población total. Una tercera y última tendencia al respecto es la constatación de que son aquellos países que han logrado o intentado modificaciones en los límites de mandatos en sus respectivas constituciones aquellos que han experimentado una mayor deriva autoritaria. Uganda, Ruanda, República Democrática del Congo, República del Congo y, muy especialmente, Burundi, son los países que, a juicio de ambos autores, protagonizan esta preocupante tendencia en el continente, aspecto que analizaremos en profundidad en el siguiente apartado.

Todos estos indicadores nos permitirían, según Cheeseman (2018), la posibilidad de diferenciar entre cinco tipos de países en el continente en lo que a calidad de la democracia se refiere (Véase Cuadro 1), y a constatar que, de los 44 países analizados por este último autor, la mitad se encuadran en la categoría de democracias (sean “defectuosas” o no) y la otra mitad en la categoría de autocracias, por lo que es pertinente insistir en la idea de entender a África Subsahariana como una región dividida en este aspecto.

Cuadro 1. Catalogación de las democracias en África en 2018

Democracias consolidadas	Democracias defectuosas	Democracias altamente defectuosas	Autocracias moderadas	Autocracias de línea dura
Mauricio	Ghana	Mali	Uganda	Camerún
Botsuana	Benín	Costa de Marfil	Togo	Ruanda
	Sudáfrica	Lesoto	Argelia	Zimbabue
	Namibia	Madagascar	Mozambique	Burundi
	Senegal	Nigeria	Mauritania	Marruecos
	Liberia		Angola	Egipto
	Túnez			República Centroafricana
	Malawi			República Democrática del Congo
	Burkina Faso			Chad
	Níger			República del Congo
	Kenia			Etiopía
	Sierra Leona			Sudán del sur
	Tanzania			Libia
	Guinea			Sudán del sur
	Zambia			Eritrea
				Somalia
(2)	(15)	(5)	(6)	(16)

Fuente: Cheeseman (2018), a partir del índice BTI 2018 del Bertelsmann Stiftung

¿Hacia la consolidación de nuevos sistemas de partido único?

Uno de los aspectos que, a juicio de la literatura, mejor está demostrando la salud democrática de muchos países africanos es su capacidad de efectuar relevos en el poder de forma pacífica y no traumática, en los que el partido de la oposición pasa a ser la nueva fuerza en el gobierno, sin que ello suponga episodios de confrontación social o el cuestionamiento del nuevo gobierno por parte del mandatario saliente. Esto ha sido así en numerosos casos, algunos, a modo de ejemplo, muy significativos. Desde que se convirtiera a un sistema multipartidista en 1992, Ghana ha sido capaz de alternar en

diversas ocasiones los partidos en el poder, logrando el último relevo pacífico en enero de 2017, pasando el gobierno del National Democratic Congress (NDC) bajo la presidencia de John Mahama, a manos del New Patriotic Front (NPF), que ha llevado al liderazgo del país al actual mandatario, Nana Akufo-Addo. Sierra Leona y Liberia, afectados gravemente por sendas guerras que finalizaron a principios de los años dos mil, son contextos en los que también se han conseguido relevos más o menos pacíficos, a pesar de las múltiples dificultades, y en el que el liderazgo, en el caso de Liberia, de Ellen Johnson-Sirleaf, ha sido también frecuentemente sugerido como ejemplo de transición modélica. Un último caso más que relevante es el de Nigeria, país que empezó a celebrar elecciones libres a finales de los noventa. Aunque en algunos casos, y como veremos en el siguiente apartado, los comicios han conllevado graves episodios de violencia, las elecciones de 2015 supusieron el primer relevo presidencial en la historia democrática del país más poblado de África con 200 millones de habitantes, con la entrada del actual presidente, Muhammadu Buhari, del All Progressives Congress (APC), después del dominio durante diversos mandatos del People Democratic Party (PDP).

Ningún otro aspecto como el intento de eliminar o modificar el límite de mandato está contribuyendo tanto al deterioro político del continente

En contraposición a esta tendencia de relevos en el cargo, África Subsahariana también está asistiendo al intento de una importante cantidad de líderes africanos de eliminar o modificar el límite de mandatos establecido por las Constituciones redactadas, en la mayoría de casos, a principios de los noventa en el momento de nuevo aperturismo. En un contexto de gradual retroceso democrático regional, tal y como sostienen diversos autores (Cheeseman 2018; Cilliers 2016; Fisher y Anderson 2015), ningún otro aspecto como este está contribuyendo tanto al deterioro político del continente (Diamond y Plattner 2010; Prempeh 2008). Desde 2011, puede detectarse una creciente dinámica en la que los dirigentes africanos ponen en funcionamiento diversas argucias judiciales y administrativas para ampliar o eliminar la limitación de mandatos. Así ha sido de manera efectiva en países como Yibuti (2010), la República del Congo (2015), Burundi (2015), Ruanda (2015) o la República Democrática del Congo (2016), o se ha convertido en el principal contencioso nacional, con desenlaces diversos, en otros contextos como Uganda, Sudán o Togo. En total, afirma el Africa Center for Strategic Studies (2018), existen un total de 18 países africanos que actualmente no contemplan límites en el número de mandatos, o bien son países que han logrado evitarlos mediante diversas estratagemas no exentas de importantes conflictos sociales (véase Cuadro 2).

Cuadro 2. Límites de mandatos constitucionales para los líderes africanos

No existen límites de mandato	Países con límites de mandatos en sus Constituciones			
	Límite no alcanzado todavía por ningún presidente (año límite para ser alcanzado)	Límite de dos mandatos alcanzado		Abandono del gobierno (primer líder que cumplió con los límites de mandato)
		Límite modificado o eliminado	Límite retenido	
Eritrea	Mauritania (2019)	Togo (Eyadema, 2002)	Zambia (2001)	Tanzania (Mwinyi, 1995)
Etiopía	Costa de Marfil (2020)	Gabón (Bongo, 2003)	Malawi (Muluzi, 2003)	Ghana (Rawlings, 2001)
Gambia	Guinea (2020)	Uganda (Museveni, 2005, 2018)	Nigeria (Obasanjo, 2006)	Santo Tomé y Príncipe (Trovoada, 2001)
Lesoto	Sudán (2020)	Chad (Deby, 2005)	Níger (Tandja, 2009)	Cabo Verde (Monteiro, 2001)
Marruecos	Egipto (2022)	Camerún (Biya, 2008)	Senegal (Wade, 2012)	Malí (Konaré, 2002)
Somalia	Madagascar (2024)	Yibuti (Guelleh, 2010)	Burkina Faso (Compaoré, 2014)	Mauricio (Uteem, 2002)
Sudán del sur	Túnez (2024)	Ruanda (Kagame, 2015)		Kenia (Moi, 2002)
Suazilandia	Guinea-Bissau (2024)	Burundi (Nkurunziza, 2015)		Mozambique (Chissano, 2005)
	Seychelles (2025)	República del Congo (Nguesso, 2015)		Benín (Kérékou, 2006)
	Libia (2026)	RD Congo (Kabila, 2016)		Comoras (Assoumani, 2006)
	República Centroafricana (2026)			Sierra Leona (Kabbah, 2007)
	Zimbabue (2027)			Botsuana (Mogae, 2008)
	Angola (2028)			Sudáfrica (Mbeki, 2008)
	Argelia (2029)			Namibia (Pohamba, 2015)
	Guinea Ecuatorial (2030)			Liberia (Sirleaf, 2018)

Fuente: Africa Center for Strategic Studies (2018)

*En lugar de estar
ante la
dominación de los
sistemas de
partido único,
África
Subsahariana
estaría
consolidando
sistemas donde
un único partido
acaba dominando
las instituciones
políticas
mediante
diversos
mecanismos*

Estos “golpes constitucionales”, como algunos autores los han denominado (Felter 2019), ponen de relieve la continuidad de una dinámica política en la región desde las independencias (el intento de perpetuación en el poder y de dominación política por parte de un determinado partido político), pero por “otros medios”. Daniel M. Tull y Claudia Simons (2017: 87) han apuntado al menos tres estrategias frecuentemente utilizadas con este objetivo basadas en la instrumentalización de los mecanismos y procedimientos legales, tales como la modificación constitucional mediante procedimiento parlamentario o utilizando el Senado (Namibia, 1999; Togo, 2002; Gabón, 2003; Camerún, 2008; Yibuti, 2010; Ruanda, 2015), mediante la reforma e incluso la aprobación de una nueva Constitución aprobada por referéndum (Burkina Faso, 1997; Guinea, 2001; Chad, 2005; Uganda, 2005; Sudán, 2005; Níger, 2009; Ruanda, 2015; Congo-Brazzaville, 2015), o mediante sentencia judicial legalizando la ampliación o eliminación de mandatos (Senegal, 2012; Burundi, 2015). A este propósito cabe también sumar una dinámica orientada a modificar legislaciones nacionales con el objetivo de lograr un mayor control sobre los medios de comunicación o sobre las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), en países como Etiopía o Ruanda, o bien intentos de regular las redes sociales, como veremos más adelante (Cheeseman 2018: 12). Según el Comité para Proteger a los Periodistas,⁵ los últimos tres años han registrado una cifra récord en cuanto al número de periodistas africanos encarcelados (sólo en 2018 fueron asesinados cinco periodistas en el continente), especialmente en países como Camerún, la República Democrática del Congo, Eritrea o Ruanda.

Toda esta cuestión es significativa, ya que se constata una notable correlación entre aquellos países que registran peores indicadores democráticos y aquellos que no respetan el límite de mandatos, si bien la alternancia política no es una aparente *conditio si ne qua non* para que las democracias funcionen, tal y como ejemplifican los casos de Botswana, Sudáfrica o Namibia (Soler-Crespo 2018). Este conjunto de países suelen ser también, apunta el Africa Center for Strategic Studies (2018), más inestables e incluso más proclives a sufrir enfrentamientos armados. Asimismo, se vuelve a constatar que el grueso de todos ellos se encuentra principalmente en las subregiones que mayor deterioro democrático han experimentado, como son África central y África del este.

Para Tull y Simons (2017: 96-98), esta realidad pone de manifiesto la capacidad de “adaptación” de numerosos líderes africanos al nuevo contexto democrático y multipartidista. Así, mientras que el número

⁵ “Hundreds of journalists jailed globally becomes the new normal”, Committee to Protect Journalists, 13 de diciembre de 2018, en: <https://cpj.org/reports/2018/12/journalists-jailed-imprisoned-turkey-china-egypt-saudi-arabia.php>

de cambios inconstitucionales se ha reducido drásticamente desde los noventa, el uso instrumental de las leyes en el contexto democrático, especialmente en lo referente a la limitación de mandatos, se ha incrementado de forma exponencial. En contextos como los de Ruanda o Uganda el hecho de que existan instituciones funcionando y en los que se celebran de forma regular elecciones, nos dice muy poco respecto a cómo el poder se ejerce de facto. O lo que es peor, tal y como señalan ambos autores, nos puede llevar a dejar de entender, como en el caso de Ruanda, la verdadera naturaleza autocrática de un régimen en apariencia democrático y la forma en que se utilizan determinados mecanismos (tales como las elecciones, el límite de mandatos o los parlamentos) como verdaderos instrumentos de dominación autoritaria. De este modo, en lugar de estar ante la dominación de los sistemas de partido único, África Subsahariana estaría consolidando sistemas donde un único partido acaba dominando las instituciones políticas mediante diversos mecanismos (van de Walle 2003). Esta deriva ha alumbrado una generación de dirigentes africanos aferrados al poder (siete de los 10 presidentes que más tiempo llevan en el cargo actualmente se encuentran en África Subsahariana), en contraposición a aquellos que, como hemos señalado, han tenido la capacidad de abandonar el poder en el momento esperado.

Los motivos que explican esta divergente dinámica son diversos. Autores como Cheeseman (2015) o Lebas (2016) han señalado la existencia de “incentivos” y de “desincentivos” para abandonar o permanecer en el cargo. En todos aquellos países donde ha existido una oposición cohesionada (y no fragmentada), donde la sociedad está políticamente activa y organizada (y sabe o puede hacer frente a los intentos de represión gubernamental), o bien donde los países donantes han presionado para la implementación de reformas políticas, han sido aquellos contextos que han acabado protagonizando relevos en el poder exitosos. En cambio, en todos aquellos en los que ninguno o alguno de estos incentivos se daba, los dirigentes políticos han visto una oportunidad de hacerse fuertes en el cargo. Asimismo, la posibilidad de garantizar un retiro sostenible a muchos de estos dirigentes longevos (es decir, ofrecer una pensión vitalicia por haber ostentado un determinado cargo), también se ha percibido como una cuestión que habría incentivado la salida de algunos de ellos que acaban aferrándose al cargo por miedo a perder su status político y económico (Felter 2019; Soler-Crespo 2018).

Un último aspecto de gran relevancia. En frente de esta deriva autoritaria en muchos países africanos, los diferentes indicadores ponen de relieve que el conjunto de las poblaciones africanas respalda la democracia como mejor forma de gobierno en sus respectivos contextos, a la vez que rechazan los regímenes autoritarios como posible alternativa. Concretamente, un 67 por ciento de la población africana,

Según el Afrobarómetro, un 67 por ciento de la población considera la democracia como el sistema más preferible, en contraposición a un 11 por ciento que prefiere sistemas no democráticos

según el Afrobarómetro, considera la democracia como el sistema más preferible, en contraposición a un 11 por ciento que prefiere sistemas no democráticos. Mientras que países como Botsuana, Senegal, Cabo Verde o Mauricio, pero también otros donde la situación democrática no experimenta tan buenos indicadores, como Burundi, Guinea, Burkina Faso o Costa de Marfil, muestran un apoyo social a la democracia superior al 80 por ciento; existen otros contextos como Sudán, Mozambique o Suazilandia, donde dicho apoyo no alcanza el 50 por ciento (Mattes y Bratton 2016). Este hecho pone de manifiesto, en opinión de Dulani (2015), que el problema de la región no es tanto un problema de cultura democrática, sino sobre todo un problema vinculado a líderes poco democráticos.

¿“Electoralización” o democratización?

Las elecciones se han convertido en un rasgo característico de cualquier realidad africana. Solo en 2019 están previstos 17 procesos electorales (entre elecciones presidenciales o parlamentarias), en 2018 fueron veinte los países que fueron a las urnas, mientras que un año antes lo hicieron otros catorce (Cilliers 2016). Las elecciones en África han activado una importante arquitectura institucional y legal, que lleva, por ejemplo, a multitud de organismos regionales y organizaciones sociales a enviar misiones de observación para garantizar el buen funcionamiento de la cita electoral. Se han convertido también en un *momentum* político que no sólo determina la vida política y social de un país determinado, sino que genera sinergias con los países de la región y con multitud de organismos internacionales y medios de comunicación que están pendientes del devenir del proceso en cuestión.

Por otra parte, esta cuestión ha deparado al menos dos debates sustanciales. El primero, ya lo sugeríamos, tiene que ver con la equiparación de la celebración de los comicios a la consideración de los contextos africanos como democracias plenas. Es obvio que las elecciones favorecen la pluralidad política y multiplican los mecanismos para evitar que determinados actores políticos traten de acaparar y centralizar los resortes del poder, como ocurriera en las décadas posteriores a las independencias, por lo que cabe inferir que, en algunos casos, ha sido un elemento clave en los procesos de democratización. No obstante, el juego electoral podría eclipsar, hasta cierto punto, los formidables déficits que las democracias africanas presentan, y la capacidad de algunos de sus dirigentes para instrumentalizar los mecanismos democráticos, más allá de unos comicios.

Un segundo debate plantea cómo las elecciones se han convertido también en un gran generador de tensiones políticas en cualquier país africano. Si bien en un inicio los partidos políticos africanos emergieron con una clara vocación nacional, muchos de ellos se acabaron convirtiendo en representantes políticos de determinados grupos o comunidades, favoreciendo también dinámicas clientelares, en los que los dirigentes políticos ofrecían recursos a cambio de legitimidad. Las elecciones suelen ser un catalizador de estas dinámicas etnopolíticas. Muchos partidos suelen entender la cita electoral como un juego de suma cero, donde prima la idea de que el “ganador lo consigue todo” (“*winner takes all*”), por lo que llegar al poder se convierte en algo esencial. Esto ha desembocado también en graves tensiones pre-electorales y post-electorales, registrándose importantes episodios de violencia, como los que se dieron en Kenia en 2007 (con más de mil muertos fruto de los enfrentamientos entre seguidores de los diferentes partidos) o en Nigeria en 2011 (con 800 víctimas mortales), por citar sólo dos ejemplos (Bekoe y Burchard 2017; Söderberg Kovacs y Bjarnesen 2018). Esta realidad, sugieren algunas voces, debería llevar a repensar el diseño de los sistemas políticos africanos de una forma que minimice el riesgo de este tipo de episodios. Para Cheeseman (2015b: 2) el continente africano adolece de unos sistemas desiguales, muy mal diseñados para potenciar una política multipartidista sostenible, ya que aunque la competición e inclusión son fundamentales, un exceso de ambos elementos puede ser fatal para los procesos de democratización.

En efecto, muchos dirigentes africanos han detectado cuáles son los mecanismos e instituciones clave en los procesos electorales. Las Comisiones Electorales, por ejemplo, se han erigido como un importante terreno de disputa: en algunos países han logrado convertirse en órganos verdaderamente imparciales y esenciales para el buen funcionamiento de los comicios; mientras que en otros se han convertido en un nuevo mecanismo de dominación y control por parte de los dirigentes políticos (Cheeseman y Klaas 2018). Asimismo, el problema de la desinformación y de las *fake news*, sobre todo mediante el uso del WhatsApp y de Twitter, se ha convertido en un problema adicional, especialmente intensificado durante los procesos de campaña electoral.⁶ Según un sondeo del Afrobarómetro, tan sólo un 40 por ciento de los africanos encuestados consideraba que las últimas elecciones celebradas en sus respectivos países habían sido verdaderamente libres y transparentes (Mattes y Bratton 2016), indicando un cierto desencanto con el funcionamiento de los procesos electorales y poniendo de relieve los grandes desafíos que éstos enfrentan en el conjunto de la región.

⁶ Bajo Erro, Carlos. “Las noticias falsas también irrumpen en las elecciones en África”, El País, 26 de marzo de 2019, en: https://retina.elpais.com/retina/2019/03/22/tendencias/1553244917_444083.html

La agenda internacional de seguridad en la deriva autoritaria en África

África Subsahariana se ha convertido en un espacio estratégico clave para algunos actores internacionales, sobre todo tras el impacto del 11 de septiembre en la percepción del continente como una amenaza a la estabilidad internacional (Abrahamsen 2017). Este hecho ha supuesto un giro sustancial en la agenda que los donantes venían impulsando en el continente desde la década de los ochenta. Hasta entrado el nuevo milenio, los países occidentales consideraban la celebración de elecciones y la democratización de los países como condiciones ineludibles para obtener su respaldo financiero. La liberalización política y económica, sostienen autores como Roland Paris (2004), se encontraba en el seno de lo que se denominó la “paz liberal”, esto es, el intento de que múltiples contextos africanos, especialmente los afectados por un conflicto armado, impulsaran el establecimiento de economías de mercado y de democracias parlamentarias como la mejor forma de estabilidad y progreso. Este proyecto mutó sustancialmente tras el 11-S. La nueva comprensión de África como amenaza puso esta vez en el centro de la agenda la urgencia de construir estados e instituciones fuertes que contrarrestaran el peligro de los “estados frágiles africanos” (Mateos 2012). La estrategia securitizadora desde entonces ha llevado a que el fortalecimiento de los efectivos de seguridad de cualquier país africano se haya convertido en la principal prioridad, por encima de la celebración de elecciones o del respaldo al apuntalamiento de los mecanismos democráticos (Newman 2009).

Este hecho ha tenido una consecuencia fundamental para la democratización de los países africanos, tal y como sugieren Jonathan Fisher y David M. Anderson (2015). En lugar de resistirse a esta agenda securitizada, apuntan ambos autores, algunos países africanos la han recibido como una oportunidad para robustecer su deriva autoritaria, obteniendo mayor capacidad de control interno -sobre todo mediante estrategias de represión y militarización-, y a la vez obteniendo una creciente legitimidad externa por parte de los actores internacionales, no tan preocupados por los procesos de democratización africanos sino por la capacidad de afianzar la seguridad en estos contextos:

African regimes have played a conscious role in securitizing their relationship with donors. Securitization is not something that the West has done to Africa, but rather a set of policy imperatives that some African governments have actively pursued. African governments are thus not victims of securitization, but often its advocates and beneficiaries (Fisher y Anderson, 2015: 132)

La estrategia securitizadora ha llevado a que el fortalecimiento de los efectivos de seguridad de cualquier país africano se haya convertido en la principal prioridad, por encima de la celebración de elecciones o del apuntalamiento de los mecanismos democráticos

Para Fisher y Anderson existen dos tipos de estrategias mediante las que dirigentes como Paul Kagame en Ruanda, o Yoweri Museveni en Uganda, han logrado incorporar esta agenda securitizadora a sus propios intereses domésticos. Una primera estrategia tiene carácter “reactivo” y busca que los regímenes africanos se conviertan en *proxies* occidentales encargados de contribuir a combatir las amenazas occidentales en el contexto en cuestión. La segunda tiene un carácter “proactivo” y persigue persuadir a los actores externos para que formalmente reconozcan como legítimas determinadas intervenciones militares, o bien convencerlos de que perciban a determinados adversarios locales o regionales como elementos clave en su estrategia de seguridad.

Esta actitud occidental, sostiene Cheeseman (2018: 25), estaría contribuyendo de forma fehaciente al deterioro democrático que un buen número de países está atravesando. Es más, lejos de ser una estrategia exclusivamente occidental, países como China o Rusia, poco interesados por otra parte en potenciar los procesos de democratización, estarían también fortaleciendo su estrategia securitizadora hacia el continente con el objetivo de defender y proyectar sus intereses en la región (Alden et al. 2017; Gopaldas 2018; Xuejun 2018). En opinión de Graham Harrison (2019) toda esta dinámica estaría configurando, siendo Ruanda el epítome de este proceso, un nuevo “neoliberalismo autoritario”, en el que las políticas de liberalización económica son indiscutidas, a la vez que políticamente se refuerzan estructuras crecientemente represivas y antidemocráticas.

Ante la “tercera ola de protestas africanas”: ¿democratización por abajo?

En paralelo a los diferentes avances y retrocesos democráticos, África Subsahariana ha experimentado a nivel social lo que autores como Adam Branch y Zachariah Mampilly (2015) han denominado la “tercera ola de protestas africanas”. Desde 2011, con el empuje de las “primaveras árabes”, pero incluso de forma previa, decenas de protestas han sido registradas cada año en la gran mayoría de contextos africanos en lo que debe considerarse como una particular “primavera africana” preocupantemente invisibilizada por los medios de comunicación. Todas estas movilizaciones han variado en su intensidad y duración, se han desarrollado tanto a nivel nacional como a nivel local y han adoptado diversas formas. Desde las protestas sociales por el aumento del precio de los alimentos básicos y ante el deterioro general de las condiciones de vida (Sudán, Níger, Guinea, Chad, Sierra Leona), hasta las movilizaciones históricas contra el intento de los líderes políticos de modificar sus respectivas Constituciones y aspirar a mandatos adicionales en el poder (Burkina Faso, Senegal,

Burundi, República Democrática del Congo, Gabón, Togo, Uganda), pasando por las protestas sociales y sindicales contra el retraso en el pago de los salarios (Zimbabue, Sudáfrica, Nigeria, Botsuana), protestas estudiantiles contra el aumento de las tasas universitarias (Sudáfrica, Uganda), o las movilizaciones contra los abusos policiales e institucionales (Kenia, Senegal, Uganda, Chad), por citar sólo algunos casos a modo de ejemplo.

Las elecciones o la perspectiva de celebración de unos comicios han sido habitualmente los contextos que han acelerado e intensificado algunas de las protestas, muchas veces como escenario en el que la población recriminaba a sus dirigentes la falta de rendición de cuentas o bien los escasos logros políticos y sociales alcanzados, pero también como el momento en el que los partidos tienden a movilizar a sus bases sociales, a menudo de base étnica (Arnould, Tor, y Vervaeke 2016). Para Branch y Mampilly (2015: 82), si bien la primera ola de protestas durante la década de los cincuenta convergía en la demanda de la independencia y la segunda ola, a principios de los noventa, en la de elecciones multipartidistas, esta tercera ola se caracteriza por la insatisfacción por el tipo de democracia resultante, pero no ofrece una clara alternativa al orden político dominante. Asimismo, el hecho de que muchas de estas protestas emerjan en contextos donde los partidos políticos en el poder han tratado de instrumentar los mecanismos constitucionales para perpetuarse en el poder, como en Senegal, Burkina Faso, Sudán o la República Democrática del Congo, por mencionar cuatro significativos ejemplos, entronca con la denominación de Boniface Dulani (2011) de considerarlos como “movimientos por la democracia”, que tras el aperturismo político de los noventa, se han caracterizado por actuar como los estandartes contra el intento de usurpación y personalización del poder por parte de determinados líderes políticos africanos.

Las protestas han tenido desenlaces muy diferentes. Desde los cambios de gobierno que algunas de ellas han logrado, como en los casos de Senegal y de Burkina Faso, hasta la intervención de organismos regionales que forzaron la salida del poder del presidente en el poder (como fue el llamativo caso de Gambia con la intervención del ECO-WAS), hasta aquellos contextos donde los mandatarios se han afianzado e incluso han recrudecido su represión contra los manifestantes (como en Burundi o en la República Democrática del Congo).

Más allá de las causas y diferentes desenlaces, la literatura que aborda los procesos de democratización en la región empieza a preguntarse qué significados y qué implicaciones pueden tener esta ola de movilizaciones sociales. Esto es así no sólo por su intensidad, del todo extraordinaria, sino también por el perfil de manifestante que integra la mayoría de estas protestas, y por los novedosos instrumentos que

Se han producido decenas de protestas cada año en la región, consideradas como una particular "primavera africana" que han sido invisibilizadas de manera preocupante por los medios de comunicación

están utilizando. En cuanto a lo primero, cabe destacar que, como sucediera en las dos anteriores olas, el perfil social en las manifestaciones es diverso, si bien predomina, un joven de clase media, sobre todo afincado en las zonas urbanas (Mueller 2018). En cuanto a los medios de la protesta, por primera vez en el continente, el entorno digital se ha convertido en algo clave, que ha acabado configurando un espacio híbrido donde la protesta en las calles se ve amplificada y coordinada por la presencia de numerosos ciberactivistas o por el uso creciente de Internet y las redes sociales (Castells 2015). Este nivel de interconexión en las protestas africanas podría representar un cambio estructural respecto a cómo se articula la protesta y respecto al equilibrio de poder entre gobernantes y ciudadanos, decantado tradicionalmente del lado de los primeros, y teniendo especialmente en cuenta el intento de muchos dirigentes africanos de reprimir las movilizaciones mediante la restricción al acceso a Internet, como ha sucedido hasta ahora en países como Togo, Etiopía o la República Democrática del Congo.

Las perspectivas de este tipo de movilizaciones a corto, medio o largo plazo son inciertas. Mientras que para las voces más pesimistas, la tercera ola de democratización podría acabar cooptada debido a la naturaleza neopatrimonial y clientelar de la política africana (de Waal y Ibreck 2013), podría también considerarse que en el fondo asistimos a un proceso de democratización de largo recorrido en el que no será tan útil analizar los resultados a corto plazo, sino sobre todo entenderlos como procesos que están contribuyendo considerablemente a la repolitización del imaginario social y político, y dando luz a una nueva cultura política y democrática.

Conclusiones

Democratización y deriva autoritaria son procesos que el continente parece estar experimentando de forma simultánea en los últimos años, y que, aunque ofrecen matices, configuran un paisaje dividido, sobre todo a nivel regional. África occidental y del sur acogen algunos de los procesos democráticos que han logrado mayor consolidación en las últimas décadas, como Botsuana o Ghana, mientras que África del este y África central, con la República Democrática del Congo o Sudán del sur como ejemplos paradigmáticos, albergan países claramente afectados por un retroceso democrático. No está claro si el avance se da en mayor medida que el retroceso, pero sí se constata por parte de algunos autores que África Subsahariana se inserta en la dinámica global de deterioro generalizado de la calidad democrática. No obstante, las características de dicho proceso no son en muchos casos homologables a la ola de populismos que afectan diversas latitudes, sino que presenta rasgos propiamente africanos, algunos cla-

ramente continuistas con etapas políticas anteriores (la capacidad de determinados dirigentes de adaptarse a los nuevos marcos y discursos para sacar provecho de las instituciones), y otros no tanto.

Para Jackie Cilliers (2016), el futuro de las democracias en África plantea dos posibles escenarios. Un primero es el de la consolidación de la regresión democrática y el empeoramiento generalizado de los derechos civiles y políticos, con graves repercusiones sociales y políticas para el conjunto de las sociedades africanas. El actual contexto muestra de forma inquietante algunas de esas tendencias y la posibilidad de que el retroceso democrático sea cada vez más amplio. Un segundo escenario, en cambio, es el que el autor denomina como “la cuarta ola de democratización”, aludiendo a la posibilidad cíclica que de forma histórica ha demostrado que a un período de retroceso democrático le puede seguir un proceso de profundización y de mejora democrática.

El papel de los movimientos sociales y de la ola de protestas que recorre todo el continente pone de relieve la posibilidad de un proceso de politización y democratización desde abajo

Además de señalar las ambigüedades y los matices del actual proceso político en África, el presente artículo también ha querido destacar al final dos aspectos esenciales para entender la evolución de los procesos políticos africanos. En primer lugar, y siguiendo a Nana Poku y Anna Mdee (2011), es importante no olvidar que las realidades africanas se han constituido a partir de la intersección de tres dimensiones, como son la *contingencia* (los efectos imprevistos de la herencia colonial); la *elección* (los efectos corrosivos de las políticas poscoloniales, del liderazgo africano y de la gobernanza), y las *influencias estructurales* en materia de desarrollo (los efectos del papel de África en el sistema capitalista). Esto nos lleva a afirmar que si bien la dimensión de la elección en cuanto a los avances y retrocesos en materia de gobernanza africana es clave, la dimensión histórica y estructural nos demuestran, hasta que punto, las realidades africanas también están sujetas a las agendas de los diferentes actores internacionales, especialmente en una coyuntura securitizada como esta, tal y como se ha señalado. En segundo lugar, el papel de los movimientos sociales y de la ola de protestas que recorre todo el continente pone también de relieve la posibilidad de un proceso de politización y democratización por abajo, en el que el entorno digital puede ser clave, y en el que se abren diversas posibilidades.

Bibliografía

Abrahamsen, Rita. 2017. "Africa and International Relations: Assembling Africa, Studying the World." *African Affairs* 116(462): 125–39.

Africa Center for Strategic Studies. 2018. "Term Limits for African Leaders Linked to Stability – Africa Center." *Africa Center for Strategic Studies*. <https://africacenter.org/spotlight/term-limits-for-african-leaders-linked-to-stability/> (Mayo 1, 2019).

Alden, Chris, Abiodun Alao, Chun Zhang, y Laura Barber. 2017. *China and African : Building Peace and Security Cooperation on the Continent*. Cham: Palgrave Macmillan.

Arnould, Valérie, Aleksandra Tor, y Alice Vervaeke. 2016. *Africa Uprising? The Protests, the Drivers, the Outcomes*. Paris. https://www.iss.europa.eu/sites/default/files/EUISSFiles/Brief_33_Africa_uprising.pdf (Mayo 15, 2019).

Bekoe, Dorina A., y Stephanie M. Burchard. 2017. "The Contradictions of Pre-Election Violence: The Effects of Violence on Voter Turnout in Sub-Saharan Africa." *African Studies Review* 60(02): 73–92.

Branch, Adam, y Zachariah Cherian Mampilly. 2015. *Africa Uprising: Popular Protest and Political Change*. London: Zed Books.

Bratton, Michael, y E Gyimah-Boadi. 2015. "Political Risks Facing African Democracies: Evidence from Afrobarometer." [http://afrobarometer.org/sites/default/files/publications/Working papers/afropaperno157.pdf](http://afrobarometer.org/sites/default/files/publications/Working%20papers/afropaperno157.pdf) (Junio 9, 2017).

Castells, Manuel. 2015. *Networks of Outrage and Hope: Social Movements in the Internet Age*. London: Polity.

Cheeseman, Nic. 2015a. *Democracy in Africa: Successes, Failures, and the Struggle for Political Reform*. Cambridge: Cambridge University Press.
———. 2015b. "The State of Democracy in Africa." *Democracy in Africa Blog*. <http://democracyinafrica.org/the-state-of-democracy-in-africa/> (May 15, 2019).
———. 2018. *A Divided Continent*. BTI 2018 Regional Report Africa. Gütersloh. <https://www.bertelsmann-stiftung.de/en/publications/publication/did/a-divided-continent/> (Mayo 1, 2019).

Cheeseman, Nic, y Brian Klaas. 2018. "How to Rig an Election." *The Spectator*. <https://www.spectator.co.uk/2018/03/how-to-rig-an-election/> (Mayo 1, 2019).

Cheeseman, Nic, y Jeffrey Smith. 2019. "The Retreat of African Democracy." *Foreign Affairs*. <https://www.foreignaffairs.com/articles/africa/2019-01-17/retreat-african-democracy> (Mayo 13, 2019).

Cilliers, Jakkie. 2016. *The Future of Democracy in Africa*. Johannesburg. <https://issafrica.s3.amazonaws.com/site/uploads/af19.pdf> (Mayo 8, 2019).

Diamond, Larry Jay., y Marc F. Plattner. 2010. *Democratization in Africa: Progress and Retreat*. Johns Hopkins University Press.

Dulani, Boniface. 2011. "Democracy Movements as Bulwarks against Presidential Usurpation of Power: Lessons from the Third Term Bids in Malawi, Namibia, Uganda and Zambia." *Stichproben. Wiener Zeitschrift für kritische Afrikastudien* (11): 115-139.
———. 2015. *African Publics Strongly Support Term Limits, Resist Leaders' Efforts to Extend Their Tenure*. http://afrobarometer.org/sites/default/files/publications/Dispatches/ab_r6_dispatch-no30.pdf (Mayo 8, 2019).

- Felter, Claire. 2019. "Africa's 'Leaders for Life.'" *Council on Foreign Relations*. <https://www.cfr.org/background/africas-leaders-life> (Mayo 1, 2019).
- Fisher, Jonathan, y David M. Anderson. 2015. "Authoritarianism and the Securitization of Development in Africa." *International Affairs* 91(1): 131-51.
- Freund, Bill. 2016. *The Making of Contemporary Africa: The Development of African Society since 1800*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Gopaldas, Ronak. 2018. "Russia and Africa Meet Again." *ISS Africa*. <https://issafrica.org/iss-today/russia-and-africa-meet-again> (Mayo 15, 2019).
- Gordon, April A., y Donald L. Gordon (eds). 2013. *Understanding Contemporary Africa*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Harrison, Graham. 2019. "Authoritarian Neoliberalism and Capitalist Transformation in Africa: All Pain, No Gain." *Globalizations* 16(3): 274-88.
- Lebas, Adrienne. 2016. "Term Limits and Beyond: Africa's Democratic Hurdles". *Current History*. http://www.currenthistory.com/CurrentHistory_LeBas.pdf (Mayo 8, 2019).
- Mateos, Oscar. 2012. "Post-Conflict Peacebuilding in Africa: Between 'Virtual Peace' and the Search for Legitimacy." In *When War Ends: Building Peace in Divided Communities*, London: Routledge.
- . 2017. *África Subsahariana: De La Euforia Económica a La Frustración Sociopolítica*. Anuario Internacional CIDOB. Barcelona: CIDOB. <http://anuariocidob.org/africa-subsahariana-de-la-euforia-economica-a-la-frustracion-sociopolitica/> (Enero 17, 2019).
- . 2018. *África Subsahariana: Democratización, a Pesar de Todo*. Anuario internacional CIDOB. Barcelona: CIDOB. <http://anuariocidob.org/africa-subsahariana-democratizacion-a-pesar-de-todo/> (Enero 17, 2019).
- Mattes, Robert, y Michael Bratton. 2016. *Do Africans Still Want Democracy?* [https://afrobarometer.org/sites/default/files/publications/Policy papers/ab_r6_policy-perpno36_do_africans_want_democracy.pdf](https://afrobarometer.org/sites/default/files/publications/Policy%20papers/ab_r6_policy-perpno36_do_africans_want_democracy.pdf) (Mayo 1, 2019).
- Mounk, Yascha, y Roberto Stefan Foa. 2018. "The End of the Democratic Century." *Foreign Affairs* 97(3): 29-38. <https://www.foreignaffairs.com/articles/2018-04-16/end-democratic-century>.
- Mueller, Lisa. 2018. *Political Protest in Contemporary Africa*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Newman, Edward. 2009. "Securitizing vs. Desecuritizing African Problems." *Contemporary Security Policy* 30(1): 67-71.
- Paris, Roland. 2004. *At War's End. Building Peace after Civil Conflict*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Poku, Nana K., y Anna Mdee. 2011. *Politics in Africa: A New Introduction*. New York: Zed Books.
- Prempeh, H. Kwasi. 2008. "Progress and Retreat in Africa: Presidents Untamed." *Journal of Democracy* 19(2).
- Rakner, Lise. 2019. "Democratic Rollback in Africa." En *Oxford Research Encyclopedia of Politics*, Oxford: Oxford University Press.
- Schmidt, Elizabeth. 2013. *Foreign Intervention in Africa: From the Cold War to the War on Terror*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Söderberg Kovacs, Mimmi, y Jesper Bjarnesen. 2018. *Violence in African Elections*. London: Zed Books.

Soler-Crespo, David. 2018. *Presidential Term Limits and Democratic Development in Sub-Saharan Africa*. <http://ncid.unav.edu/es/general-contributions/occasional-papers/op012018> (Mayo 14, 2019).

Temin, Jon, y Daniel Summers. 2018. "Democratic Governance in Africa: Three Key Trends." *Freedom House*. <https://freedomhouse.org/blog/democratic-governance-africa-three-key-trends> (Mayo 1, 2019).

Tull, Denis M., y Claudia Simons. 2017. "The Institutionalisation of Power Revisited: Presidential Term Limits in Africa." *Africa Spectrum* 52(2): 79-102.

de Waal, Alex, y Rachel Ibreck. 2013. "Hybrid Social Movements in Africa." *Journal of Contemporary African Studies* 31(2): 303-24.

van de Walle, Nicolas. 2003. "Presidentialism and Clientelism in Africa's Emerging Party Systems." *The Journal of Modern African Studies* 41(2): 297-321.

Xuejun, Wang. 2018. "Developmental Peace: Understanding China's Africa Policy in Peace and Security." En *China and Africa*, Cham: Springer International Publishing, 67-82.

